

METÁFORA DE LA EXPERIENCIA:

LA POESÍA DE ANTONIO CISNEROS
ENSAYOS, DIÁLOGOS Y COMENTARIOS

Miguel Ángel Zapata

Capítulo 23



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
FONDO EDITORIAL 1998

Primera edición: noviembre de 1998

Editor : Miguel Angel Zapata
Carátura : Luis Valera
Ilustración : Alejandra Cisneros

Metáfora de la experiencia: La poesía de Antonio Cisneros

Copyright ©1998 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Av. Universitaria, cuadra 18, San Miguel. - Lima, Perú.
Telfs. 460-0872 y 460-2291 - 460-2870 Anexo 220 y 356.

Derechos reservados.

ISBN 9972-42-146-5

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Impreso en el Perú - Printed in Peru

ANTONIO CISNEROS EN SU SÉPTIMO LIBRO

Javier Sologuren

Con *El Libro de Dios y de los Húngaros*, que acaba de publicar, Antonio Cisneros llega al séptimo de su producción poética propia, en un lapso que va de 1961 al año en curso, hecho que, por lo demás, dice bien a las claras de una vital y sostenida, si no prolifera, actividad creadora. Con todo, desde 1972 (en que apareció su *Como higuera en un campo de golf*) sólo había dado a conocer su última poesía únicamente a través de diarios y revistas. Un libro como el que reseñamos se hacía, pues, esperar. Y aquí lo tenemos con un título que se erige por sí solo en un imanante centro de interés. Obviamente, los títulos de las obras poéticas son algo muy diversos de los que llevan los escritos científicos y técnicos (que deben evocar de un modo objetivo el asunto que tratan), aunque pueden aspirar a dar, y conseguirlo, señas de su contenido esencial o indicación de su sentido.

En lo tocante a Dios, ¿en qué consiste esa epifanía, cómo se revela, cuáles son los signos visibles de su presencia en estas páginas? Nada especialmente ostentoso ni explícito. Ni emblemas ni carismas. Aparte de ubicuidad (por la que no puede dejar de hallarse también en este libro), Dios se muestra circunstancial y episódicamente en ciertas alusiones bíblicas, invocaciones al Señor, celebraciones de fiestas y ritos. Viéndolo así, desde esta perspectiva temática, ese sentimiento o preocupación religiosa tiene antecedentes relativamente lejanos en Cisneros. En *David* (1962) (a sólo un año de *Destierro*, su primera colección), se pone de manifiesto su frecuentación de los severos y poéticos textos bíblicos. Hasta cierto punto, "Domingo en Santa Cristina de Budapest y frutería al lado", el poema inicial, recibe más de esa actitud que otros de este libro. Como Cisneros ha vivido y enseñado en Hungría, sus experiencias allá —familiares, sociales

e ideológicas- han nutrido, de un modo sustancial, algunos de los poemas que lo integran.

Pero dejando de lado estas simples y genéricas referencias al tema, los poemas de *El Libro de Dios* y *de los Húngaros* declaran, ante todo, determinadas características formales en las que no sólo reside su unidad sino, lo que es más, revelan las líneas recientes de un nuevo rostro. Por una parte, frente al Cisneros pródigo en indicaciones, tanto personales como del contexto comunitario, de circunstancias incisivamente concretas (el abierto flujo sensitivo e imaginativo en el cauce permanente variable del aquí y del ahora), estos textos se recogen y ajustan, moderan las veloces expansiones precedentes, sitúan con madura pericia su justo centro de gravedad. Diríamos que en ellos se advierte un despojamiento, si esto no supusiera la existencia de una frondosidad previa. En todo caso, hay prescindencias y, a juzgar por los resultados, favorables. Catorce versos conforman "El Puercoespín", el poema que le nace y le queda "El día de la Soledad se fue al Perú". Catorce versos suficientes para hacernos ver en el miedo y la indefensión del puercoespín la imagen hondamente cierta de esa situación, con ternura y sin patetismos: *"Su hociquito dulce y remojado/ era el rostro final de Soledad./ Nos miraba con los ojos de boliche que miraban/ las nubes del océano en un avión holandés./ Y fue todo./ Después huyó entre las altas yerbas./ Asustado"*.

Paralelamente y a favor de la formulación hasta cierto punto compendiada, la imagen de Cisneros gana en densidad. Riqueza que reclama una lectura alerta, pues sus sutiles imbricaciones de sentido son como las imágenes reversibles de nuestros viejos tejidos indios en los que una cabeza, levantada del mito, es fruto del encuentro -poesía y técnica- de unos demonios alados que el artista tejedor combinó de tal manera que, sin dejar de ser lo que son, alcanzaron a hacer tangible e inquietante la nueva imagen configurada. Por intuición, por saber previo, por ambas cosas, establece aproximaciones metafóricas mediante nexos tan descubridores como tangenciales e insospechados. Así empieza "Holofernes complaint": "Y en el día convenido -las alianzas secretas:/ teléfonos aterrados como liebres en tu libreta negra-";

y así concluye: "Ahora ni en tu libreta negra de/ teléfonos nerviosos como un lápiz sin punta/habrás de hallar mi nombre./ Regístrese en la lista de los nombres muertos por/ fuego y gas, muertos por agua". Anotaciones, cifras, llevadas a la raíz de la angustia, mediante la reiterada incidencia de la metáfora germinada. Práctica distinta de los encuentros súbitos y fortuitos del modus operandi surrealista, pero dotada de una certera eficacia propia.

Por otro lado, la imagen bien avenida con un clima poético consabido alterna, dentro de un mismo texto, con otra en cierto sentido opuesta aunque expresivamente precisa. Se lee en "Café en Martirock Utja": "*La luz del otoño es en tu vaso/ un reino de pájaros dorados*", y, luego, "*Pero pronto anochece./ Los autobuses no son azul y plata,/ el cenicero es una rata muerta,/ el vaso está vacío*". Coexistencia equilibrada y real, no sólo posible. El arte de Cisneros reside considerablemente en esa brillante flexibilidad de visión y lenguaje, en ese virar de los datos inmediatos, de los pelos y señales (provocaciones de la realidad cotidiana sin más) hacia afinidades secretas y lejanas que no son símbolos en el significado escolar del término, pues su materialidad vale en sí misma. Un ejemplo más: "*Un cangrejo pesa 300 gramos, tiene 10 patas,/ 2 antenas peludas y es color de ciruela cocido por el fuego./ Su lomo es duro como piedra - pizarra. Pero sus pinzas son más duras todavía./ En la playa lo abrimos contra una roca. En la mesa del comedor con un martillo azul, de picar hielo./ Bajo el lomo están las aguas del coral, los pellejos y cierta carne de ordinaria calidad./ Mas la blanquísima carne de las pinzas es perfecta como el viento en el verano*", (Muchacha húngara de Hungría otra vez). A las precisiones numéricas, al objetivo mencionar de partes y cosas, desde sus rasgos prosaicos o vulgares hasta las alusiones prestigiosas, se incorporan, como a una nueva objetividad pero tan concreta como la anterior, las asociaciones evocativas que las trasponen a un plano de clara atracción estética.

El *Libro de Dios y de los Húngaros* está surcado por poemas en memoria de Luis Hernández (*Sólo un verano me otorgáis, poderosas*, Holderling), de Robert Lowell y de John Berryman (*Ars Poeticae*).

Su presencia es patente muestra de la parte que el sentimiento de la muerte tiene en lo más hondo de la inspiración del poeta. Tal vez sea allí donde su religiosidad brote con mayor verdad y fuerza: "Ya sólo una pradera inacabable donde pasta el potrillo y nos ama el Señor./ Perdóname, Señor. Me aterra esa pradera inacabable. Sigo a la vida/ como el zorro silente tras los rastros de un topo a medianoche" (i. m. Lucho Hernández). Son, sin embargo, un aspecto de su rica variedad temática.

Poeta de amplio registro, de libros resonantes y de obra internacionalmente conocida. Cisneros cuenta también con un buen número de lectores y seguidores quienes, es muy probable, se han entusiasmado por su verso cáustico y lúcido, por su humor, por su desenfado, distribuyendo sus preferencias entre los varios libros del poeta. Ante un libro como éste (que es en parte de retorno, en parte de una contención bien que dinámica, limitante con las perfecciones de un lirismo genuino pero al cual, no es abusivo imaginarse, había procurado rehuir) ante esta nueva variante de su inspiración sustancial, esos lectores tendrán que desechar las restricciones de todo cómodo encasillamiento si de veras quieren acceder a los valores propios de estos poemas. Con *El Libro de Dios y de los Húngaros*, Antonio Cisneros afianza, una vez más, su bien ganado prestigio poético.